

MENSAJERO DEL

**CENTRO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS DE LA
Cédula AGN: MX05035AHUIL**

Dirección General Educativa

Torreón, México. 30-I-2014

Buzón electrónico: sergio.corona@iberotorreon.edu.mx

Página Web del C.I.H.: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>



Mensajero, “internet resources, publications, periodicals” de la UNESCO.

Ing. Héctor Acuña Nogueira, SJ. Rector de la Universidad Iberoamericana Torreón.
Mtro. Andrés Rosales Valdés. Dirección General Educativa.
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinación del Centro de Investigaciones Históricas.

Número 182

ÍNDICE

página

Los tlaxcaltecas de Matamoros, Coahuila (segunda parte)	2
El Mostrador. <i>Corazón</i> en audiolibro: una versión espléndida	9
Enlaces a los Libros del C. I. H.	12

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com>

Comité editorial del “*Mensajero*”: Lic. Julio César Félix, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

“El Mensajero” es una revista universitaria virtual de divulgación científica en ciencias sociales con interés puramente cultural.

Los tlaxcaltecas de Matamoros, Coahuila

SEGUNDA PARTE

Dr. Sergio Antonio Corona Páez¹



Atuendos de modernas matachinas torreonenses

Para continuar y finalizar con el tema de la herencia biológica y cultural tlaxcalteca en la Comarca Lagunera, agregamos que en nuestro libro “El País de La Laguna. Impacto hispano-tlaxcalteca en la forja de la Comarca Lagunera” (Editado en 2011 por Parque España; Club Deportivo Hispano Lagunero, Consejería del Trabajo de la Embajada de España en México, Grupo Peñoles; Grupo Soriana; Grupo Modelo; Sanatorio Español) se maneja la tesis de la naturaleza transgeneracional de la herencia cultural en general, y de la lagunera en particular. Es decir, que las cadenas de aprendizaje abuelo-padre-hijo-nieto han permitido la persistencia de una buena parte de la mentalidad y de las costumbres de origen hispano-tlaxcaltecas en los sectores rurales de

¹ Maestro y doctor en Historia, Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas (C.I.H.) de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Torreón, así como en sus clases populares urbanas. El tiempo actual es el crisol de las herencias del pasado y de las influencias del presente.

Un buen manejo de las disciplinas genealógicas le permite al investigador contar con una herramienta extraordinaria para determinar, de manera científica, los orígenes étnicos de la población, para demostrar la existencia de los canales de transmisión cultural de generación en generación (lenguaje, mentalidad, costumbres) o bien, para mostrar las rutas y destinos de la migración regional.

Un caso de la existencia de canales humanos que permitieron heredar una tradición hispano-tlaxcalteca virreinal en el naciente Torreón de 1892, lo constituye el caso de la familia Ugalde-Adame, como veremos:

La primera generación.

Es la que se encuentra registrada en el padrón de Torreón de 1892, y está integrada por Pedro Ugalde, de 36 años de edad, empleado, casado con Ceferina Adame, de 21 años. De acuerdo al censo, sus hijos serían Julia, Refugio (bautizada en Matamoros el 7 de septiembre de 1884), María (bautizada en Matamoros el 12 de abril de 1887), Cirila, Camila (bautizada en Matamoros el 23 de septiembre de 1889) Alberto (bautizado en Lerdo, Durango, el 16 de febrero de 1892), y Daniel. Los que nacieron posteriormente fueron Altagracia, Félix y José Juan.

Según el libro de matrimonios 1870-1885 de la parroquia de Nuestra Señora del Refugio, de Matamoros, Coahuila, Pedro Ugalde y Ceferina Adame se casaron el 27 de noviembre de 1882. En el asiento matrimonial, Ceferina usó su segundo apellido, Ramírez.

Los registros genealógicos de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, muestran que los apellidos de Pedro eran Ugalde Guillén, y los de Ceferina, Adame Ramírez.

La segunda generación ascendente. Los padres de Pedro Ugalde.

Pedro Ugalde nació en Matamoros, Coahuila, en 1860, y era hijo de José de la Cruz Ugalde Escobedo y de Camila Guillén Espino. A su vez, José de la Cruz

Ugalde nació en El Álamo de Parras (Viesca) en 1832, y era hijo de Carmen Ugalde y de María Leandra Escobedo; su esposa, Camila Guillén, nació en 1838 en La Vega (de Marrufo, ahora Matamoros, Coahuila) y era hija de Vicente Guillén y de María Josefa Espino, quienes se habrían casado en Viesca el 26 de febrero de 1854.

Tercera generación ascendente. Los abuelos de Pedro Ugalde.

Según la partida de matrimonio de la parroquia de Viesca del 12 de julio de 1830, Carmel Ugalde era originario del mineral de Nieves y residente de Pozo de Calvo en Cuencamé, y casó con Leandra Escobedo, originaria y vecina de la villa de Viesca.²

Cuarta generación ascendente. Los bisabuelos de Pedro Ugalde. Línea Escobedo.

Los padres de Leandra Escobedo fueron Matías Escobedo, y María Alvina López, ambos casados en Viesca el 5 de julio de 1807. Según la partida de matrimonio de esa fecha, Matías era indio del pueblo de Viesca, tenía 35 años de edad (nació en 1772), hijo legítimo de José Antonio Escobedo, entonces ya difunto, y de María Guadalupe Montoya. María Alvina, mestiza, tenía 18 años de edad (nació en 1789, originaria de Saucillo) y era hija legítima de Santiago López y de Petra Nolasco Flores. Firma la partida Mariano de Riaño.³

Quinta y sexta generación ascendente. Los tatarabuelos y re-tatarabuelos de Pedro Ugalde. Línea Escobedo.

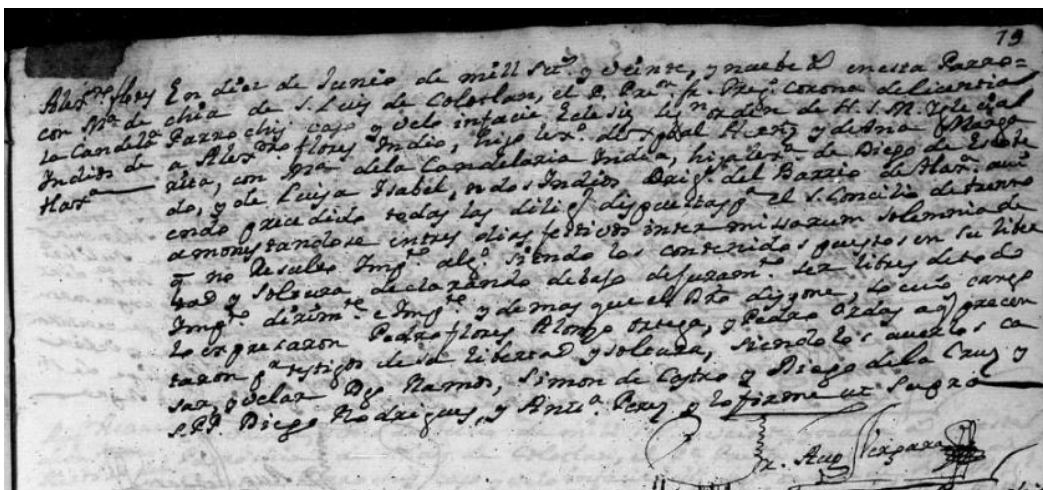
“En la vice parroquia de este Pueblo del Álamo, en quince de enero de mil setecientos sesenta y siete años, como actual teniente de cura, casé in facie ecclesie y dí las bendiciones nupciales a José Antonio Escobedo, indio

² Libro Cuarto de Matrimonios 1828-1844. Copia en el Centro de Investigaciones Históricas de la UIA-Torreón.

³ Libro Tercero de Matrimonios (1788-1827) Tomo I. Copia en el Centro de Investigaciones Históricas de la UIA-Torreón.

Tlaxcalteco de San Luis de Colotlán, y actual de este Pueblo, hijo legítimo de Diego Felipe de Escobedo y de Luisa Isabel, Tlaxcaltecos de este Pueblo, con Josefa Guadalupe Montoya, española, hija legítima de Gregorio Montoya y de María Isabel Dorotea, difunta, originarios del Real de Nieves, y residentes de esta jurisdicción de diez y seis años a esta parte, para cuyo efecto precedieron todas las diligencias de libertad, soltura, impedimentos y demás que manda el Santo Concilio de Trento. Supieron la doctrina cristiana. Fueron padrinos Alejo Rey y Francisca Ángela, indios de este pueblo. Testigos: Francisco Muñoz, Francisco Cervantes y Pedro Alejo, con otros muchos, y yo como actual ministro, lo firmé. Pedro Thomás Pamplona [Rúbrica]”⁴

Una hermana de José Antonio Escobedo, María de la Candelaria, casó el 10 de junio de 1729 con Alejandro Flores. Según el acta de matrimonio, conservada en el archivo de partidas sacramentales de la iglesia de San Luis de Colotlán, Jalisco, se trataba de una pareja de indios del barrio de Tlaxcala. María de la Candelaria era hija de Diego de Escobedo y de Luisa Isabel. Alejandro Flores era indio, hijo legítimo de Cristóbal Flores y de Ana Margarita. Todos ellos eran “indios originarios del barrio de Tlaxcala”.



Partida de matrimonio de María de la Candelaria de Escobedo

⁴ Libro Primero de Matrimonios 1733-1778. Copia en el Centro de Investigaciones Históricas de la UIA-Torreón.

Con el objeto de ilustrar cómo y por qué llegaron los tlaxcaltecas al norte de México, particularmente a Saltillo, Parras y San Luis de Colotlán, cito el texto de Monroy Castillo y de Calvillo Unna:

“El envío de indios vestidos y cristianizados para una colonización defensiva no fue un paso nuevo en el largo y lento proceso de extender el dominio español por la Gran Chichimeca. Muchos pequeños grupos de los pueblos del sur (cholultecas, aztecas o mexicas, tarascos, huejotzingas y otomíes) habían ido al norte, básicamente atraídos por mejores pagas y otras oportunidades en las tierras limítrofes, donde la mano de obra siempre era insuficiente. Y, además de tales migraciones en grupo, muchos indios, solos o con sus familias, se habían trasladado a la frontera para comerciar o bien para trabajar como empleados, mercaderes, en fuerzas militares organizadas o simplemente en busca de aventuras: descubrimientos de minas, fundación de poblados, oportunidades de trabajo y de tierras o los atractivos de la guerra.

Algunos de los indios que se dirigieron al norte planeaban dedicarse a la minería, y no pocos lo hicieron. Parte de las primeras labores mineras importantes efectuadas en el sur de la región guachichil la hicieron los otomíes que se habían trasladado allí desde el centro de Querétaro. De manera más formal, el 6 de febrero de 1585, los funcionarios del poblado minero de San Martín pidieron al virrey que enviara de dos mil a cuatro mil indios casados de Tlaxcala, Xochimilco, Cholula y Huejotzingo así como de otros lugares, como Michoacán. Esta propuesta tenía como objetivos aumentar la resistencia a los ataques chichimecas y obtener mano de obra para las minas.

Pero ahora, por primera vez, se llevaría a cabo una migración en masa, oficial y sumamente formalizada: el traslado de 400 familias tlaxcaltecas que habían de establecerse en ubicaciones estratégicas de la zona chichimeca cuando llegaban a su fin las hostilidades. El capitán Caldera y otros fronterizos importantes quedaron complacidos con este plan. Otros, incluso algunos de los tlaxcaltecas, tenían graves dudas que prolongaron y dificultaron las negociaciones para gran ventaja, al fin, no sólo de los inmigrantes, sino también de quienes se quedaron en Tlaxcala.

El hecho de que la paz aún estuviese en pie al terminar la sequía de 1590 y 1591 hizo posible que el virrey de Velasco concluyera las negociaciones con los tlaxcaltecas. Los peligros de vivir en la Gran Chichimeca eran notorios; los capitanes tlaxcaltecas se mostraban reacios a enviar a su gente a lo que bien podría resultar un suicidio en masa, a manos de los "desnudos y crueles salvajes del norte".

Esta renuencia de los tlaxcaltecas fue fomentada por los franciscanos que vivían entre ellos y que los protegían. Gerónimo de Mendieta, el cronista, fue notable, pues temía que no durara la paz y que los tlaxcaltecas fueran sacrificados por los chichimecas. Mendieta dio su opinión al virrey, pero una segunda temporada de secas en plena paz chichimeca debilitó sus argumentos.

Para entonces los tlaxcaltecas, con experiencia y ayuda de los franciscanos conocían bien los medios y los caminos para obtener mediante negociaciones privilegios para sí mismos; muestra de ello es la carta que les otorgó el virrey Velasco como condición para su migración en masa.

Un elemento importante de esta emigración, implícito pero no declarado en el acuerdo formal, fue la protectoría. Todas las nuevas colonias tlaxcaltecas quedaron bajo el amparo de los capitanes así como los recién pacificados y ubicados chichimecas. La protección general de las dispersas colonias tlaxcaltecas fue específicamente responsabilidad de Miguel Caldera.

La jornada hacia el norte de casi mil colonos en una gran caravana de carretas fue indudablemente el episodio más espectacular de la larga y movida historia del Camino de la Plata; y hubo, como es de suponerse, bastante bullicio desde antes de que las carretas echaran a andar. Unos cuantos tlaxcaltecas se mostraron recalcitrantes y trataron de convencer a otros de que se negaran a emprender el viaje; estos disidentes fueron castigados por órdenes del virrey.

Antes de la partida, el virrey también tuvo el cuidado de proteger los intereses tlaxcaltecas. Entre las medidas tomadas estuvo la garantía de que las posesiones de los colonos en Tlaxcala no serían arrebatadas a sus herederos y que las propiedades de los capitanes tlaxcaltecas escogidos para escoltar a su pueblo hasta el norte no serían dañadas ni arrebatadas en su ausencia.

La larga caravana de carretas partió ruidosamente de Tlaxcala en los primeros días de junio de 1591. A mediados del mes se encontraban en las cercanías de la ciudad de México y, el 18 de junio, el virrey Velasco visitó en persona a los emigrantes.

Para el 6 de julio, la caravana tlaxcalteca había llegado al río San Juan, a mitad del camino entre Jilotepec y el centro otomí de Querétaro; mientras acampaban allí, se levantó un censo oficial. Los emigrantes viajaban bajo la guía y protección de un teniente general especialmente comisionado, Agustín de Hinojosa Villavicencio, con los respectivos gobernadores y capitanes de los cuatro contingentes que representaban las cuatro principales divisiones de la nación tlaxcalteca.

Aquel 6 de julio la cuenta arrojó un total de 932 colonos; 690 de ellos casados, con 187 niños, y 55 solteros o viudos. Viajaban en cerca de 100 vehículos, entre carros y carretas.

La caravana ya llevaba un mes avanzando y aún no estaba a la mitad del camino al sitio indicado para reunirse con los capitanes de la frontera, en el fuerte de Cuicillo, unos cuantos kilómetros antes de Zacatecas. El viaje se hizo más lento en su primera fase por las dificultades de adaptarse a este modo de vida y por que cuando pasaban por zonas relativamente populosas se efectuaban ceremonias en el camino. Pero ahora estaban ya ante la gran aventura, al borde del Arco Chichimeca, donde lo mejor sería avanzar con rapidez por los peligros del despoblado.

Los tlaxcaltecas llegaron a Cuicillo antes del 5 de agosto, cuando los destinados a Charcas quedaron al cuidado del capitán Juan de la Hija. En este punto estratégico, donde se unían las carreteras de Michoacán, de la ciudad de México y de los asentamientos recién organizados de San Luis Potosí, los tlaxcaltecas fueron recibidos por el general Rodrigo del Río de Loza —gobernador de la Nueva Vizcaya—, por el capitán y justicia mayor Miguel Caldera y por algunos otros funcionarios y capitanes. Fue allí donde Del Río y Caldera tomaron las decisiones finales sobre procedimientos y sitios para ubicar a los tlaxcaltecas. El capitán Caldera escribió: "y en el ojo caliente que llaman Cuisilique los repartí, y unos los dejé en Tequisquiapan [San Luis] y otros en Mexquitic, y otros a Las Charcas, otros a Saltillo, otros a San Andrés

Chalchihuites, y los que me quedaron tlaxcaltecas dejé en la frontera de San Luis Colotlán".⁵

Para concluir: los Ugalde-Adame y sus descendientes constituyen un ejemplo de una de las muchas familias de origen hispano-tlaxcalteca que nutrieron la inmigración de origen regional hacia Torreón. Fueron familias de Parras y de otros asentamientos tlaxcaltecas las que poblaron inicialmente a San José y Santiago del Álamo (después Viesca); sus descendientes poblaron Matamoros y posteriormente se avecindaron en nuestra congregación, villa o ciudad de Torreón. Estas eran familias que seguían las oportunidades donde éstas surgían. Gente deseosa de progresar en la vida, ni conformista ni fatalista. Gente de trabajo.

EL MOSTRADOR



CORAZÓN EN AUDIOLIBRO:
UNA VERSIÓN ESPLÉNDIDA

JAIME MUÑOZ VARGAS

Los caminos de la lectura son inescrutables. Leer, el maravilloso acto de descifrar signos sobre el papel o el monitor, no se agota hoy en estos dos

⁵ Monroy Castillo, María Isabel, y Calvillo Unna, Tomás: "San Luis Potosí" en *Breves Historias de los Estados de la República Mexicana*. Fideicomiso de Historia de las Américas, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

soportes. Desde hace algunos años, quizá cerca de cincuenta, la literatura halló en las grabaciones de audio un mecanismo distinto para acercarse al entendimiento y el corazón de las personas. Recuerdo sobre todo las cintas magnetofónicas con las que pudimos captar el tono, la respiración y la cadencia de algunos autores hoy consagrados. Oír a Neruda diciendo sus poemas, a Rulfo leyendo sus cuentos, a Cortázar y su erre afrancesada recorriendo sus historias, a Sábines expresando sus versos, al avejentado Borges elevándonos con su palabra temblorosa y genial. Sí, gracias a las grabaciones de literatura tuvimos acceso a un mundo distinto: a la viva voz de los escritores, y hasta la fecha no conozco a alguien que reniegue contra ellas.

Poco después, sospecho que en los ochenta, comenzaron a cundir los audiolibros. Recuerdo haber leído varias opiniones sobre esta nueva posibilidad de la difusión literaria. Tuvo detractores, críticos que señalaban la fatuidad de este soporte. Creo que el defecto no lo tenían en sí las grabaciones, sino la publicidad que las propuso como sustitutos de la lectura. Los anuncios insinuaban, por ejemplo, que si uno escuchaba un audiolibro de *Viaje al fondo del mar*, se podía obviar tranquilamente la lectura de esa novela. Eso provocó, como era previsible, la ira de los bibliófilos, que de inmediato levantaron la guardia para oponerse al audiolibro.

Hoy, pasados los años y ya con todo el mundo organizado alrededor de la audiovisualidad digital, creo que debemos cambiar el enfoque y abrir cancha al audiolibro no como un rival del libro y la literatura, sino como un detonante de la curiosidad y un formidable complemento, y en algunos casos sustituto, de lectura. Oponerse al audiolibro con los argumentos de hace treinta años es, me parece, necio, y equivale a despreciar las versiones fílmicas de cientos de obras primeramente literarias.

Así como el cine se apropia, recrea, reinterpreta grandes obras y lo celebramos, el universo tecnológico de lo auditivo tiene todo el derecho de apropiarse, recrear y reinterpretar grandes obras. El problema no es el soporte, insisto, sino la selección de las obras y la calidad de las adaptaciones. Si los audiolibros se aproximan a la literatura clásica sobre todo infantil, si hay un trabajo meticuloso de acoplamiento en las voces, la música y la condensación, entonces estaremos en presencia de productos que despliega beneficios tanto al público en plenitud de facultades como, principalmente, a los niños en

proceso de formación, a los adultos no asiduos a la lectura y a otros posibles usuarios en desventaja física o cultural.

Una prueba de la excelencia que es posible alcanzar en estas producciones la encontramos al alcance de nuestra lagunera mano: los cinco discos compactos producidos cabalmente por Carlos Acosta Rodríguez. Se trata de la adaptación al formato de audiolibro (en inglés y en español) de la novela *Corazón*, del liguriano Edmundo de Amicis. Clásico de la literatura infantil, esta obra de ficción vestida con el atuendo de un diario (como *La tregua*, de Benedetti) es recreada con esplendidez que deja atónita la sensibilidad de quien la escuche.

El esfuerzo de Carlos Acosta para producir el audiolibro de *Corazón* es una prueba fehaciente, incontestable, del poder de la literatura. Gracias a que en su infancia leyó y fue conmovido por el diario del pequeño Enrique salido de la imaginación de Edmundo de Amicis, sentía que allí había una deuda que sólo podía ser pagada con un homenaje mayúsculo. Durante años, Acosta se empeñó en un objetivo: hacer que *Corazón* tuviera una elevada versión en audio. Reunió un equipo de colaboradores que ayudaron en las voces, la creación de la música, la grabación y el diseño, y puso su producto en los más exigentes anaqueles del mercado. Vaya tarea titánica, inexplicable sin un impulso emocional originario, el que despertó en Carlos la personalidad de una novela decimonónica cuyo mensaje sigue siendo emotivo y poderoso.

Es de veras deleitoso escuchar cada cuadro (o “día” o “cuento mensual”) en la voz grata y matizada de nuestro paisano Raúl Adalid, quien al leer los pasajes de *Corazón* dio una muestra de pluralidad de registros vocales. Yo escogí, para oír aquí, el día de la presentación, “La biblioteca de Estardo”, que me encanta porque siempre anhelé una biblioteca similar y sólo pude edificarla al bordear la primera etapa de mi vida adulta.

El trabajo de Carlos Acosta Rodríguez confirma muchas cosas. Como ya dije, el poder de la literatura, la fuerza que puede contener una obra que nos enaltece y nos motiva a mejorarnos y a mejorar el entorno en el que vivimos. También confirma que La Laguna tiene ya trabajadores de la comunicación que pueden competir lealmente con los mejores del mundo. Y por último, confirma que el formato de audiolibro, bien cuidado, puede ser un instrumento significativo para llevarnos hacia el libro de papel.

Mi felicitación a Carlos y orgullo por su tremendo *Corazón*.

LIBROS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
En existencia, \$ 100 c/u

1.- [Una disputa vitivinícola en Parras \(1679\)](#). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

2.- [Censo y estadística de Parras \(1825\)](#). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

3.- [Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII](#) Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

4.- [Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII](#). Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

5.- [Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango \(1761-1819\)](#). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

6.- [Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale](#). Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

7.- [Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII](#). Sergio Antonio Corona Páez

8.- [La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenario](#). Sergio Antonio Corona Páez.

En existencia, sin enlace:

9.- Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007. Sergio Antonio Corona Páez

10.- Padrón y antecedentes étnicos del Rancho de Matamoros, Coahuila, en 1848. Sergio Antonio Corona Páez.

11.- La Compañía de Jesús en la Comarca Lagunera 1594-2012. Trigésimo aniversario de la Universidad Iberoamericana Torreón.